

Economía Circular

Miguel Ángel de la Calle

¿nueva manera de vivir?

La economía circular es un término que cada vez está más en boga; siendo ya de uso común en todos los medios de comunicación y, por consiguiente, en boca de nuestros políticos, que suelen estar más pendientes de lanzar mensajes oportunistas sobre él, que en programarlo y hacerlo posible.

Pero, a qué nos referimos con este término. Según la Fundación para la Economía Circular, se trata de un “nuevo sistema económico y social que tiene como objetivo la producción de bienes y servicios, al tiempo, que se reduce el consumo y el desperdicio de materias primas, agua y fuentes de energía”.

En otras palabras, propone un nuevo modelo de sociedad que utilice y optimice los materiales y residuos, dándoles una segunda vida. Para lo cual, el producto debe ser diseñado para ser reutilizado y reciclado.

Así entendido, cada vez que escucho este término me recuerda más a mi infancia, en mi pueblo, donde, como en el

resto de la España rural, hacíamos, sin ser conscientes de ello, economía circular .



No usábamos bolsas de plástico, teníamos una bolsa para ir a la compra, un capazo o, en el mejor de los casos, un carrito. No consumíamos productos envasados, los comprábamos a granel: para el aceite y el vino llevábamos botellas o damajuanas con fundas de mimbre; para las gaseosas, refrescos y cervezas devolvíamos los cascotes (todos de vidrio). Cuando comprábamos huevos, legumbres, azúcar, sal, pimentón, etc. nos los envolvían en papel de estraza, igual que los productos cárnicos y la fruta. Papel que luego utilizábamos para encender las cocinas de leña y las chimeneas.

No usábamos brik, íbamos a las vaquerías a comprar leche que luego hervíamos, y la nata que se formaba la usábamos para hacer mantequilla o para ponerla en pan con azúcar, que tanto no gustaba a los niños de aquella época.



Tampoco tirábamos los restos de la comida a la basura, se lo dábamos a los animales: gallinas, cerdos, gatos, perros, etc.

En fin, que generábamos pocos residuos, reciclábamos y reutilizábamos más y, además, cuidábamos mejor nuestro entorno natural, porque de él y en él vivíamos.

Pero, de aquella España rural pasamos a otra urbana, donde la población se concentró en grandes urbes y el mundo rural pasó a ser la España vacía (aconsejable echar un vistazo al mapa de luz de España que pone de manifiesto esta situación) y cambia -

mos los hábitos de consumo. Pasamos de las tiendas a las grandes superficies, de la bolsa de la compra a las bolsas de plástico, de los productos a granel a los envasados, a las latas, los briks, etc. En definitiva, aterrizamos en el “usar y tirar”, generando así miles de millones de toneladas de residuos que ahora no sabemos bien qué hacer con ellas, acabando muchas en el medio ambiente, dañándolo gravemente (sólo en el año 2017 se produjeron en España 132 millones de toneladas, según el Ministerio para la Transición Ecológica).

Para poder paliar esta situación nace la economía circular, uno de cuyos pilares es la recogida selectiva. Basada en que los ciudadanos tengamos en nuestras casas cinco cubos de basura: uno para el orgánico, otro para los plásticos, otro para el cristal y vidrio, otro para el papel y cartón y otro para el resto; que una vez llenos deberemos bajar a otros tantos contenedores ubicados en algún lugar relativamente próximo a nuestra vivienda, ocupando parte de nuestras aceras o de nuestras calzadas, formando parte de

de ese mobiliario urbano que cada vez dificulta más la movilidad.



Además, los juguetes, ropa, pilas, lámparas, tintas, aceite usado...etc., los tendremos que llevar al punto limpio municipal; y, por supuesto, no olvidarnos de pagar la tasa municipal de basura.

Vamos, que la estrategia se basa en que llenemos nuestras cocinas de cubos de basura, que nos pasemos el día haciendo viajes a los contenedores que entorpecen en nuestras aceras y calzadas y que, además de pagar el impuesto, reservemos un tiempo del fin de semana para ir al punto limpio; y si no lo hacemos, seremos los culpables del deterioro medioambiental.

Ante esta situación, cabe preguntarse: **¿Podríamos hacerlo de otra manera?**

Para responder a esta pregunta, parece adecuado hacer, previamente, referencia a un elemento esencial: **los centros de tratamiento de residuos.** Auténti-

cas fábricas que, a partir nuestros residuos y mediante distintos procesos, obtienen una serie de productos que ponen en el mercado: compost, papel, cartón, plástico, metales, energía, etc. Pues bien, si implantamos en ellos toda la técnica y la tecnología existente y avanzamos con decisión en proyectos de investigación para hacerlos más eficientes, la respuesta podría ser que quizás haya otra manera.

En las casas, podríamos tener únicamente dos cubos; uno para los residuos orgánicos y otro para el resto. De esta manera, en nuestras calles y aceras, solo necesitaríamos dos contenedores, facilitando así a la labor de los ciudadanos y la movilidad.

Para los envases de vidrio, se podría implantar el pago por retorno, como se hace en países como Alemania.

Lo que incentivaría notablemente a los ciudadanos a colaborar con este tipo de recogida. Si, además quitamos al ciudadano la tasa de basura, como contribución a su trabajo por la puesta a disposición de una

materia prima, previamente separada, en un punto determinado de recogida, qué duda cabe que estaríamos motivando su colaboración, y quizás de esta manera, podríamos incrementar la tasa de reciclaje hasta el 55%, objetivo marcado por la Unión Europea para 2025, en lugar del 36,11% que teníamos en el año 2017.

Pero si además ponemos en marcha políticas que vuelvan la mirada al mundo rural, apoyándonos en el uso de la tecnología (en la desgraciada pandemia del COVID 19, se ha puesto claramente de manifiesto que el teletrabajo es una buena opción), estaríamos ante la posibilidad de que una buena parte de la población de las grandes urbes pudiera volver a nuestros pueblos y ciudades más pequeñas, donde reciclar y reutilizar es más fácil. Asimismo, contribuiríamos al desarrollo de mercados de proximidad, con las favorables implicaciones sociales y medioambientales que ello comportaría, a la lucha contra la contaminación atmosférica que sufren las grandes urbes y a un largo etcétera de mejoras sociales y medioambientales.

En definitiva, este retorno reduciría notablemente el volumen de residuos, nos acercaría a la naturaleza, nos enseñaría a valorar más todo lo que nos proporciona, y volveríamos a aprender a respetarla, conservarla y defenderla, porque volveríamos a vivir en ella y de ella.

Miguel Ángel de la Calle

Director Técnico del *Pool* Español de *Riesgos Medioambientales*.